

años comparada con esta espantosa eternidad! Menos, infinitamente menos que un punto indivisible, comparado con toda la vasta estension del universo.

De aquí nacerá aquella eternidad de arrepentimientos, acompañados de un odio furioso contra su propia libertad, de que usó tan mal; de una encendida cólera contra la bajeza de aquellas ocasiones de que fué víctima infeliz; de un vivo y agudo dolor por los tormentos que está padeciendo, y fué tan digna de padecer.

Si pudiera un condenado olvidar por algunos momentos el arrepentimiento que le despedaza, ese suplicio menos tendria; pero todo lo tiene presente en la memoria, y el corazon padece continuamente en estas reflexiones el mas horrible suplicio. Considera bien cuanto le penetrarán estos amargos recuerdos.

Por no disgustar á media docena de hombres ociosos, de hombres desacreditados, sin mérito y sin honra, ¡yo me condené!

Por dar gusto á cuatro libertinos, teniendo cien razones para despreciarlos, desobedecí, desagradé á mi Dios, á quien tenia indispensable obligacion de agradar, ¡y yo me condené!

Por no desobligar á unos amigos disolutos, que debiera avergonzarme aun de mirarlos á la cara, pues nunca podia esperar de ellos cosa buena, incurrí en la desgracia de Dios, ¡y yo me condené!

Por conseguir un vano título de honra, que se sepultó conmigo, perdí el cielo, todo lo perdí, ¡y yo me condené! En fin, por algunas horas de diversion, de insulsísimos deleites, que solicité por inclinacion, por condescendencia, por respetos humanos, por complacer á otros, sacrificué mi eterna felicidad, perdí mi alma, ¡y yo me condené! Aquella persona tan modesta, tan recogida, tan mortificada se salvó, ¡y yo me condené! Aquel pariente, aquel amigo, aquel religioso, aquella religiosa están al presente en el cielo, la gloria es su herencia, puede tener el mismo destino, ¡y yo me condené! Así discurre, así habla, así se arrepiente inútilmente un condenado en el infierno. ¡Cuántos de los que están haciendo esta meditacion hablarán algun dia de la misma manera! No permitais, Señor, que me suceda á mi esta desgracia; y pues me dais tiempo para prevenir anticipadamente estos arrepentimientos, dadme gracia para evitarlos.

JACULATORIAS. — Tened, Dios mio, misericordia de mí por vuestra infinita misericordia. (*Psalm. 50.*)

Ayúdame, Señor Dios mio, y por tu gran misericordia sálvame. (*Psalm. 108.*)

PROPOSITOS.

1 Creer que hay una eternidad infeliz, y no temerla, es impiedad; temerla, y no pensar continuamente en ella, es locura; pensar en ella, y no convertirse, es señal visible de reprobacion. ¡Cosa estraña! solo el pensamiento de esta eternidad estremece; y solo porque no nos haga fuerza apartamos de ella el pensamiento. Por lo que toca á ti, procura tenerle siempre muy presente; cuida de que se pasen pocos dias sin traer á la memoria y á la consideracion la desdicha de aquellos, que sepultados en una horrible eternidad, no tienen esperanza de lograr jamás el mas mínimo alivio en sus tormentos. ¡Cuántos de aquellos mismos á quienes tú has sucedido en los empleos, en los mayorazgos, en los estados, en las casas, están ya perdidos en esta espantosa eternidad! Hazte familiares estas reflexiones, porque todas ellas son muy saludables.

2 No eches en olvido esta santa costumbre. Siempre que padezcas algun accidente, algun dolor, como de gota, de piedra, de muelas, etc. haz esta consideracion: ¿Qué tormento seria para mí sufrir este dolor por un año, por seis años, por veinte y cinco años sin el menor alivio, sin la menor tregua? Una cólica viva y una ceática aguda de dia y de noche, sin reposo, sin descanso, ¡y por treinta años! ¡O Dios, y qué tormento seria estar en una cama blanda y regalada sin el mas leve dolor, pero sin mudarse ni moverse por espacio de cuarenta años! Tormento insufrible. ¡Pues qué será padecer todos estos dolores juntos, todos de una vez, todos complicados unos con otros, y todos por una eternidad! Pocos ejercicios hay mas útiles, pocos que se puedan practicar con mas facilidad, y pocos tambien de que se pueda sacar mayor provecho.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

SAN PEDRO, Mártir, del orden de Predicadores, en Milan, el cual por causa de la fe católica fué muerto por los herejes. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN TICHICO, en Pafos, ciudad de Chipre, discipulo del apóstol San

Pablo; á quien llama el mismo apóstol en una carta, carísimo hermano, ministro fiel y conservo suyo en el Señor.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES AGAPIO Y SECUNDINO, obispos, en Cirta en la Numidia, los cuales despues de haber sufrido un largo destierro en aquella ciudad, unieron al ilustre sacerdocio la gloria del martirio en la persecucion de Valeriano, en la cual con rabioso esfuerzo procuraban los gentiles hacer perder la fe á los justos. En compañía de estos santos padecieron tambien EMILIANO, soldado, TERTULA Y ANTONIA, vírgenes consagradas á Dios, y otra mujer con dos hijos gemelos.

SIETE LADRONES, en el mismo dia, convertidos á la fe por S. Jason, los cuales por medio del martirio consiguieron la vida eterna.

SAN PAULINO, obispo y confesor, en Bressa.

SAN HUGON, abad, en el monasterio de Cluni.

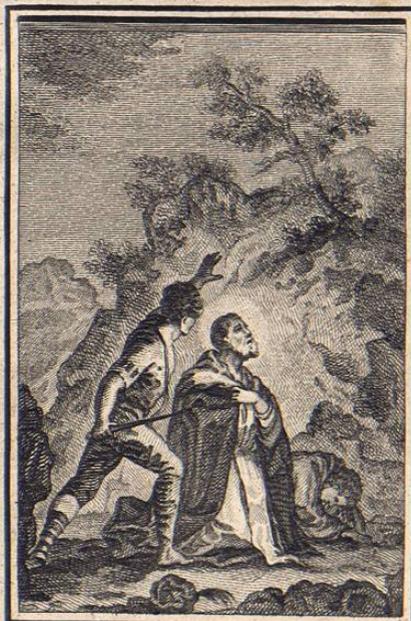
SAN ROBERTO, primer abad del Cister, en el monasterio de Molesme. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN PEDRO, MÁRTIR.

SAN Pedro, uno de los primeros mártires que dió á la iglesia de Dios el sagrado orden de Predicadores, nació en Verona de Lombardía por los años del Señor de 1205, de padres inficionados de la herejía de los cátaros ó maniqueos; pero como la divina Providencia le destinaba para azote de ellos, le preservó de la infeccion en medio del contagio.

Parece que habia nacido con una como aversion natural á las máximas de esta abominable secta, y á todos los que pretendian imbuirle en ella. Prevenido de no sé qué oculta gracia, aun antes del uso de la razon, igualmente despreciaba los halagos, caricias y sollicitaciones, que las amenazas, golpes y malos tratamientos de los que deseaban con la mayor ansia instruirle desde niño en los elementos de su herejía.

Persuadido el padre á que el horror que mostraba el niño á la doctrina de su secta era inquietud orgullosa de la niñez, que con la edad podria corregirse, resolvió enviarle á la escuela de un maestro católico, por no haberle en Verona maniqueo. Aprendió el niño Pedro con maravillosa prontitud la doctrina cristiana, singularmente el símbolo de los Apóstoles, como se enseñaba en la Iglesia. Al salir un dia de la escuela le encontró un tío suyo, de los mas furiosamente encaprichados en los errores de su secta, y preguntándole qué leccion habia dado aquel dia, el niño comenzó á recitarle el Credo. Indignado el hereje, quiso corregirle y comenzó á amenazarle, á interrumpirle, á intentar hacerle callar; pero el niño sin turbarse ni hacer caso de él, fué continuando su leccion, y no le fué posible al tío hacerle que callase, hasta que le encajó el resúmen de todo lo que creia.



S. PEDRO M.

Admirado y aun enfurecido el hereje, se fué derecho á casa de su hermano, contole, lleno de cólera, lo que acababa de pasar con su hijo, añadió que si esto no se remediaba con tiempo, algun dia daria mucho que hacer á su secta, y concluyó con aconsejar le que en todo caso no le permitiese estudiar.

O porque el padre de nuestro Pedro fuese uno de aquellos que hacen vanidad de ser muy indiferentes en materia de religion, ó porque hiciese juicio que siempre le seria fácil reducir á su hijo á lo que le pareciese, no hizo mas que reir y celebrar el lance; y estuvo tan léjos de no permitir que estudiase, que antes bien observando en el chico un escelente ingenio, le envió á la universidad de Bolonia, y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para que saliese hombre sabio.

Con efecto, lo fué en poco tiempo nuestro Pedro; pero aunque hizo maravillosos progresos en las letras, fueron mayores los que hizo en la ciencia de los santos. Era lastimosa la corrupcion de costumbres que reinaba en la juventud de aquella universidad; y es verisimil que esto mismo moviese al padre de nuestro Pedro á enviarle á Bolonia, pareciéndole que una vez que la licencia de las costumbres le estragase el corazon, seria fácil borrar de él las impresiones de la doctrina católica. Pero aquel mismo Señor que en Verona habia preservado á su entendimiento de los errores, preservó en Bolonia á su corazon de los pecados, y le asistió para que conservase una maravillosa inocencia de vida en medio de tanta disolucion.

Al paso que la virtud crecia con la edad, crecia con la virtud el miedo á los peligros. Cada dia los iba descubriendo nuevos y mayores: su viveza, la brillantez de su ingenio, su edad, su calidad, sus nobles y gratisimos modales, todos eran lazos contra su inocencia; conociólo, y resolvió ponerse á cubierto de ellos.

Acababa de nacer la santa y célebre religion de Predicadores, y reputándola todos por puerto seguro de salvacion, y asilo muy propio para librarse de las borrascas del siglo, apenas conoció Pedro su instituto cuando resolvió abrazarle, y pasando á buscar á su santo fundador, se echó á sus pies y le pidió con instancias le recibiese por hijo y por discipulo.

Aunque tenia á la sazón solos quince años, descubrió en él Sto. Domingo tanta inocencia, prendas tan raras y una vocacion tan conocida y tan visible, que luego le admitió en la órden, previendo que algun dia habia de ser lustre y ornamento suyo. Muy desde luego confirmó el porte de Pedro al santo fundador en el concepto que habia formado de él, porque ningun novicio comen-

zó el noviciado con mayor fervor. Eran sin duda muy grandes los ejemplos que tenia á la vista en una comunidad donde todos servian de modelo; pero él no solo se propuso imitarlos, sino que hizo esfuerzos extraordinarios para ver si podia escederlos en el camino de la perfeccion.

Dejándose llevar con demasia del impulso de su fervor, declinó en escesos. Era su vida un perpetuo ayuno, y apenas daba lugar á que el cansancio interrumpiese por pocos instantes sus vigiliias. Rindióse presto á tan inmoderada austeridad un temperamento tan delicado como el suyo. Cayó enfermo el novicio tan peligrosamente, que se llegaron á perder las esperanzas de su vida. Conocieron todos que su escesia abstinencia era causa de la enfermedad, cuando advirtieron que se le habian cerrado todos los conductos de la comida, de manera, que costaba mucha dificultad hacerle pasar el alimento. En medio de eso quiso Dios que recobrase la salud; y habiendo hecho la profesion religiosa, hubiera aumentado el rigor de su penitencia, á no haber la obediencia moderado y puesto límites á su fervor.

Los progresos que hacia en el estudio de las ciencias eran correspondientes á lo que adelantaba cada dia en el de la virtud. Igualmente santo que sabio, se proporcionó presto para esparcir entre los prójimos los ardores de su zelo. Descubrió un talento eminente para el púlpito, una elocuencia varonil y persuasiva, con una moción que ablandaba los mas duros corazones. Elevado al sacerdocio, esta dignidad perfeccionó su virtud y sus talentos. Ya hacia mucho ruido en toda la Italia la fama de nuestro Santo, cuando el Señor quiso preservarle de los tiros de la vanidad por medio de una de las mortificaciones mas dolorosas y de mayor humillacion.

Hallábase en Cómó del Milanés extraordinariamente favorecido de gracias celestiales; y estos extraordinarios favores que recibia en la contemplacion eran tan grandes, que algunas veces comunicaba y hablaba familiarmente con Dios y con sus santos. Oyéronle en una ocasion hablar dentro de su celda algunos religiosos, ó poco advertidos, ó demasidamente zelosos, ó no muy aficionados á Fr. Pedro; y figurándoseles que habian percibido la voz de una mujer con quien hablaba, le acusaron al prior, vistiendo la acusacion de circunstancias tan plausibles, que el prelado llegó á creer que por lo menos habia habido alguna imprudencia, y por ella fué severamente reprendido en público capítulo. Teniase gran concepto de su virtud, y así solo se creyó que habia tenido la indiscrecion de dejar entrar en su celda á alguna mujer para oirla de penitencia. El mismo contribuyó mas

que nadie á su condenacion, porque preguntado por el prior sobre el caso en presencia de la comunidad, solo respondió que era grande pecador, y que pedia penitencia. Impusieronsele, y despues le desterraron al convento de Jesi en la marca de Ancona, quitándole la licencia de predicar.

Esta dolorosa y humillante mortificacion no solo acrisoló su virtud, sino que le dió tiempo para gustar en su retiro los consuelos celestiales. Empleaba en el estudio y en la oracion todo lo que no gastaba en obras de caridad con los frailes, y en los ejercicios mas humildes y mas penosos de la casa; pero Dios volvió por su inocencia cuando el Santo estaba mas gustoso con su humillacion. Llegóse á descubrir la falsedad ó la temeridad de la acusacion, y se le restituyeron todos los honores, volviendo á emplearle en los mismos lustrosos ministerios que antes, lo que fué para el humildísimo Pedro mortificacion mas dura y mas insoportable que la primera.

Dedicado al ministerio de la predicacion, se hizo en poco tiempo como el apóstol de Italia; sintieron y experimentaron los efectos de su apostólico zelo la marca de Ancona, la Romagna, la Toscana, el Boloñes y el Milanés. Siempre que se dejaba ver en el púlpito movia á los mas duros, convertia á los mayores pecadores, y todo el auditorio salia por lo menos deshaciéndose en lágrimas y compungido. Los pueblos le salian á recibir en tropas á los caminos; y apenas habia pecador ni aun hereje que pudiese resistir á la fuerza de sus razones, á la eficacia de sus discursos, y á la poderosa virtud de sus ejemplos.

Siendo tan poderoso en obras como en palabras, luego que predicó en Florencia se acobardaron los herejes, y habiendo triunfado hasta entonces, ya no se atrevian á parecer en público. Persuadió á los católicos á que se coligasen en una especie de cruzada para arrojar de todo el país á los herejes; y en menos de seis años logró ver católica á toda la Toscana. No persiguió con menos zelo ni con menos dicha á los pecadores y á los herejes del Milanés. No cabiendo en las iglesias su numeroso auditorio, se veia precisado á predicar en las calles, en las plazas y en los campos. Siempre que iba de una parte á otra anunciaban su llegada los pueblos, las villas y las ciudades enteras que se anticipaban por oirle, y al entrar en las ciudades le recibian con repique general de todas las campanas. En Milan se vieron obligados á hacer una silla de manos portátil y cerrada para conducirle de un lugar á otro despues que acabase de predicar, sin peligro de que fuese sofocado por la muchedumbre.

Nunca predicó sin lograr maravillosas conversiones, y rara vez se dejaba ver en público sin obrar grandes milagros. Conociendo bien los herejes que este nuevo apóstol no pararía hasta exterminarlos, recurrieron al artificio, y juntándolos el que era como jefe ó cabeza de ellos, los habló de esta manera: «Ya veis que el crédito que este fraile ha sabido granjearse de este pueblo, igualmente ciego que insensato, por medio de sus falsos milagros, va á ser la ruina total de nuestra secta: no hay que perder el tiempo, el mal insta, el remedio debe ser pronto, y veis aquí el espediente que me ha ocurrido. Yo me hallo sano y bueno como me veis, fingiréme enfermo, mezclaréme entre los demás, y cuando pase ese embustero comenzaré á clamar como ellos que me sane; él entonces me pondrá sin duda la mano sobre la cabeza, hará la señal de la cruz, y dirá que ya estoy sano. Yo descubriré el embeleco, y haré visible al pueblo el embuste de su predicador.»

Aplaudieron todos el artificio, y luego se puso por obra; pero con gran confusion del partido. Presentóse el hereje delante del Santo, y éste le dijo: *Si estás malo ruego á Jesucristo que te ponga bueno; pero si estás bueno y pretendes engañarnos, pido al mismo Señor que te ponga malo, para que escurmientes, y el pueblo le glorifique.* Al instante cayó desmayado aquel infeliz, y se apoderó de él una calentura tan ardiente y tan maligna, que se creyó no podría llegar vivo á la noche. Viéndose en este estado, el mismo comenzó á publicar á voces su artificio; pide al Santo que se compadezca de él, abjura públicamente la herejía, y recobró la salud del alma y la del cuerpo.

No es fácil referir todas las maravillas que obró el Señor por su siervo para confundir á los herejes. Muchas veces se vieron quedar mudos los doctores de la secta en presencia de nuestro Santo; viéronse desvanecer los enredos y marañas del demonio con la fuerza de sus oraciones; y por mas que el infierno bramaba contra Fr. Pedro de Verona, que así le llamaban los herejes, él confundía á éstos, y triunfaba de aquél.

Animada su fe con el encendido amor que tenía á Jesucristo, y con la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, era cada dia mas viva y poderosa. Cuando celebraba el santo sacrificio de la misa se derretía en lágrimas, y cuando rezaba el rosario siempre recibía del cielo algun nuevo y especial favor.

Por los años de 1232, viendo el papa Gregorio IX los tristes progresos que iba haciendo la herejía, y bien informado de la virtud, sabiduría y zelo de nuestro Santo, le hizo inquisidor general de toda Italia. Este santo tribunal, baluarte firmísimo

de la fe, centinela de la religion, terror de los herejes, contra el cual en todos tiempos se han desatado éstos tan furiosamente; este santo tribunal á quien España, Portugal é Italia deben el haber estado perpetuamente desterrado de sus confines el error y la mas pronta estincion de la herejía; este santo tribunal, vuelvo á decir, nunca se dejó ver con mayor esplendor; ni jamás se hizo tan temible á los enemigos de la religion, como cuando logró tener á su frente á nuestro Pedro. Estremecióse, bramó de rabia la herejía, especialmente cuando Inocencio IV le confirmó en tan importante empleo. Creciendo el zelo con la autoridad, persiguió la herejía hasta en su mismo atrincheramiento, y emprendió arrojarla de toda Italia.

Pero aunque su zelo era ardiente y vigoroso, nunca fué amargo ni violento: su carácter era en parte la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo; buscaba la conversion del hereje, no su muerte. Mas ni por eso se ablandaron los herejes, ni depusieron el miedo y el horror que le tenían, sabiendo bien que sin convertirse no había que esperar cuartel ni buena composicion: con que obstinados en no hacerlo, se conjuraron para matarle.

No ignoró el santo inquisidor la conspiracion, pues predicando un dia dijo públicamente: *Ya sé que los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia, han puesto precio á mi cabeza; pero esta es la mayor dicha que me pueden solicitar, hacer que derrame mi sangre por la fe. Mucho tiempo ha que todos los dias pido á Dios esta gracia en el santo sacrificio de la misa. Pero nada ganarán con quitarme la vida, porque espero hacerlos mayor guerra despues de muerto.*

Habiendo sabido los jefes de los sectarios que estaban en Milan, como el Santo se restituía á esta ciudad de su convento de Como, donde era prior, y adonde había ido á pasar las Pascuas, apostaron dos asesinos en el camino para que le quitasen la vida. Convenidos en el precio, fueron éstos á esperarle entre Barsalina y Guisano. Uno de ellos, llamado Carin, alcanzó al Santo, que iba rezando, y descargándole sobre la cabeza dos furiosos golpes de hacha, le dejó por muerto. Derribado el santo mártir en tierra, y nadando en su misma sangre, recogió todos sus espíritus, y comenzó á rezar el símbolo de la fe, mientras el asesino estaba dando de puñaladas á su compañero, que se llamaba Fr. Domingo; pero advirtiéndole que el santo inquisidor se había levantado lo mejor que pudo, y se había puesto de rodillas para acabar el Credo, dejó al compañero, volvió á él como una fiera, metiéndole por el pecho el estoque hasta la guarnicion, y con tan gloriosa muerte le labró la preciosa corona del martirio

el día 29 de abril de 1252, á los cuarenta y seis de su edad.

Fué conducido el santo cuerpo á Milan, donde se le enterró con gran pompa y solemnidad en la iglesia de S. Eustorgio, titular del convento de Predicadores. Y desde luego se hizo tan gloriosa su memoria por los milagros que obró el Señor por su intercesion, que el papa Inocencio IV le puso en el catálogo de los Santos aun antes de cumplirse el año de su muerte, dentro del cual espidió el decreto de su canonizacion. Elevóse el sagrado cuerpo; y habiendo estado algunos dias espuesto á la pública veneracion, fué colocado en un sepulcro de mármol. El año de 1340 se hizo segunda traslacion durante el capítulo general de los Dominicos, que se celebró en Milan, y se colocaron las reliquias en otro sepulcro de mármol mucho mas magnífico que el primero, dentro de una capilla baja; y en fin, el año de 1651 hicieron los padres Dominicos nueva traslacion de la sagrada cabeza, preciosamente engastada en una rica urna de oro y de cristal, la que colocaron en una de las capillas mas suntuosas y magníficas de la iglesia.

SAN ROBERTO.

Nació S. Roberto en Champaña por los años de 1018. Sus padres Teodorico y Ermegarda no eran menos ilustres en sangre que en virtud, y le criaron, é instruyeron en piedad, y en doctrina. A la edad de quince años se hizo monge benedictino de la abadía de Montier-la-Celle, donde hizo tales progresos en la perfeccion, que sin embargo de ser uno de los mas jóvenes de la casa, fué nombrado prior, y á poco tiempo electo abad de san Miguel de Tonnerre. Pero viendo que los monges de aquella casa no se hallaban dispuestos á favorecer sus intenciones y fatigas, para establecer una disciplina mas arreglada entre ellos, antes bien estaban inclinados á mantener una conducta obstinada en un espíritu de contradiccion á todas sus disposiciones, les dejó con la ocasion siguiente. Habia en aquel tiempo en un desierto contiguo, llamado Colan, ciertos anacoretas, que no teniendo á la sazón ningun superior regular entre ellos, le suplicaron que tomase á su cargo este oficio, aunque penoso. Vencidos algunos estorbos al fin les cumplió su gusto, y fué recibido por ellos como otro Moisés, para que les condujese por los desiertos de este mundo á la celestial Canaan. Viendo la enfermiza y ocasionada situacion de Colan, les pasó Roberto de aquel sitio al bosque ó floresta de Molesme, donde edificaron para su uso unas estrechas celdas ó habitaciones hechas de ramas de árboles, y un

pequeño oratorio en honor de la Santísima Trinidad, en el año todo esto de 1075. Conocida de muchos la pobreza de estos religiosos, y la austeridad de su modo de vida, varias personas de calidad de aquellos contornos, animadas con el ejemplo del obispo de Troyes, trataron de suministrarles á porfia todo lo necesario: lo cual fué introduciendo gradualmente tal plenitud y abundancia, que fué ocasion de incurrir en una relajacion y una tibieza grande; de tal modo que habiendo probado en vano el buen Roberto cuantos medios le fueron posibles para reducirles á una regular observancia de su profesion, tuvo por bien el dejarles, y retirarse á un desierto llamado Hauz, donde vivian algunos religiosos con gran sencillez y fervor. Entre éstos trabajaba para mantenerse, y empleaba todo el tiempo que le era posible en oracion y meditacion; y viendo estos mismos religiosos su vida edificante le eligieron para superior suyo, y por su abad. Pero considerando los monges de Molesme, que nada les sucedia prósperamente desde la ausencia del Santo, consiguieron del papa, y del obispo de Langres una orden, para que se volviese á su abadía, en suposicion de las promesas que hicieron de que les encontraria Roberto perfectamente sumisos á su direccion y preceptos. En efecto volvió á su antiguo monasterio. Pero como las miras que aquellos monges habian tenido para el regreso de su abad habian sido enteramente temporales, no pudieron producir mudanza alguna en todo aquel primer año. No obstante algunos de ellos que consideraron no ser sus vidas conformes á lo que prescribia la regla de S. Benito, que se leia diariamente en sus capítulos, llegaron á desear una reforma, que los demás ridiculizaban. Con todo esto los mas zelosos, que tenian por imposible cumplir fielmente con sus obligaciones en compañía de los que no querian ser reformados, encomendaron el asunto á Dios en sus fervorosas oraciones; y despues se dirigieron á Roberto, pidiéndole su licencia para retirarse á algun lugar solitario para poder desempeñar las obligaciones que tenian prometidas, y á que se habian obligado por sus votos. Prometióles Roberto hacerles compañía, y se fué con seis de estos mas fervorosos á Leon, donde el arzobispo Hugon, legado del papa, les concedió letras patentes para el efecto: en cuyo proyecto no solo les aconsejó, sino que les impuso por precepto que dejasen á Molesme, y que insistiesen en su santa resolucion de vivir conforme á la regla de S. Benito. Vueltos en efecto á Molesme se juntaron con los demás zelosos del proyecto, y marcharon veinte y uno en número á establecerse en un sitio llamado Cistercium, ó Cisteaux, bosque inhabitado, cubierto de ramaje y de cambrones, regado de un pequeño rio,